



Pero ¡á dónde podrian conducirnos estas reflexiones! Prosigamos considerando aquella obra gigantesca, no como haya de ser, sino como es; ó mejor dicho, como era cuando Felipe II la concluyó.

Bajo el punto de vista general, el monasterio de San Lorenzo ofrece inagotable campo á la admiracion y al estudio. En aquel retiro pacífico y silencioso, todo es grande á la par que sombrío; todo escita al pensamiento; todo convida á la meditacion. Aquel atrevido logogrifo de piedra, como le ha llamado un escritor moderno ⁽¹⁾, puede decirse que es un abismo donde el ojo del geólogo descubre siempre nuevas profundidades, donde se arroja la sonda sin hallar jamás el fondo. Como régio archivo de sucesos históricos, como centro de lo pasado, como testigo impasible de algunos dramas políticos y conservados de la antigua civilizacion, el Escorial consumiria una buena parte de su tiempo al hombre que quisiera escudriñar con detencion sus interesantes páginas. Bajo el punto de vista artístico, nuestra admiracion sube de punto, y todo el que puede abarcar en su inmensa latitud el vasto horizonte del arte descubre su cabeza con veneracion al saludar aquella obra maestra donde tantas dificultades fueron superadas. Todo el edificio parece construido de un solo golpe, hecho por un solo hombre, cabado en una sola piedra, como el que ofreció el vano Dinócrates á Alejandro Magno perforando el monte Athos: tal es la uniformidad, armonía y esmerada perfeccion de sus formas sencillas, magestuosas y severas. El hombre mas frio y mas escéptico no puede entrar sin respeto en aquella fortaleza de Dios, vijilada por el rey, su representante en la tierra: es un monumento sin modelo y sin copia; allí las rocas han obedecido á una lira mas poderosa que la de Orfeo; y si este levantó con sus ecos las murallas de Tebas, el harpa de David ha levantado á su vez los gruesos muros del Escorial.

Vosotros, esclama un autor contemporáneo ⁽²⁾, los que hoy todavía no teneis para Felipe II mas que imprecaciones y menosprecio; vosotros, los que al juzgarle habeis desfigurado torpemente su retrato, tornad los ojos al Escorial; estudiad en sus preciosos detalles ese maravilloso conjunto; representaos, si podeis, el monasterio allá en los felices dias de su opulencia, y al cabo reconocereis vuestro error, y acabareis por confesarlo.

Magnífico y sorprendente es el panorama que ofrece el interior de este templo mirado desde lo alto del coro; imposible es dar una idea exacta de la pompa de su arquitectura bíblica, severa y magestuosa, porque nada podria reproducir la impresion que hemos sentido cuantas veces nos hemos prosternado en el pavimento de este templo, que es uno de sus mas preciosos adornos. El Escorial, como ha dicho ya un célebre escritor, es uno de los templos mas bellos que la humanidad ha levantado jamás á Dios.

Bajo cada bóveda, bajo cada uno de los magníficos pilares de aquel alcázar-convento resuena la voz de Jehová, y sus armoniosos ecos se reproducen misteriosamente en tan anchuroso y acústico local. La imaginacion se estasia, y solo se piensa en adorar á Dios.

Aquel edificio, en medio de su variedad, nunca se separa de los límites de la unidad artística, ley eterna de la belleza y del buen gusto. De este modo vemos que si el plan fué acertado, no fué menos admirable y atrevida la ejecucion. Venciéronse como hemos visto en el curso de nuestra historia dificultades inmensas, producidas por los accidentes del terreno, por la calidad de la piedra y por la magnitud misma del edificio. Los macizos, que por algunos puntos tienen mas de seis varas de espesor, hállanse frecuentemente perforados en todas direcciones con puertas y ventanas, con tránsitos y escaleras; y practicable todo para la comunicacion y el paso, como acontece en la galería que corre interiormente por lo alto de la iglesia. Es muy de ver aquel largo ándito hecho á bóveda, serpeando y deslizándose con una maestría portentosa por los giros, vueltas y recodos que la configuracion del templo hizo precisos. En este pasadizo, así como en todo el edificio, divisamos á Juan de Herrera, cuyo nombre durará tanto como duren la civilizacion y las bellas artes, jugando caprichosamente con moles gigantescas, cual si hubiese querido demostrar el poder del arte, frente á frente con la valentía del artífice.

En unas partes vemos arcos torales de incalculable atrevimiento, ó bóvedas vaidas por aristas como las que cubren las

(1) En atencion á la forma de parrillas que el arquitecto le ha dado.

(2) Don Vicente Poleró y Toledo, Catálogo de los cuadros del Escorial, 1857.

plantas bajas de las torres; en otras contemplamos atrevidas escaleras, cuyos peldaños se hallan al aire sin zanca alguna, capaces de dejar sorprendido al mas adiestrado artista. Mas allá, en el templete de los Evangelistas, nuestra vista se extasia al divisar aquella inmensa cruz que lo remata, y que sirve ella misma de clave á la cúpula. Y ¿habrá aún quien se atreva á mancillar el nombre español, y á mezclar con el lodazal de la calumnia la obra mas estudiada de los mejores tiempos de la arquitectura, considerando al Escorial como una mole de piedra? Desgraciadamente hay hombres ignorantes que osan neciamente emitir semejante opinion: quédese enhorabuena para estos el afan insensato de rebajar todo lo que es español, que nosotros por nuestra parte, confesamos que nunca podremos admirarle bastante.

Merecen tambien fijar la atencion el delicado encaje y exactísimo ajuste de las piedras ⁽¹⁾, así como los galanos y bien entendidos cortes, que dibujados con el pincel ó vaciados en yeso no pudiesen ser mas perfectos.

Maravilla sobre todo, y aun estremece, el contemplar pesos enormes, superiores á toda exajeracion, apoyados audazmente en bóvedas sencillas, que suelen tener por clave una piedrezuela, cuyo escaso espesor parece imposible pueda funcionar bajo tal concepto.

El Escorial es además un modelo evidente de las leyes de la resistencia, porque á pesar de su antigüedad, no se ve un solo ejemplar de deslojamiento en las aristas de las piedras que constituyen su zócalo, como por desgracia acontece en algunos edificios de nuestro siglo ⁽²⁾. En una palabra: el estudio solo de esta inmensa fábrica es suficiente en nuestro juicio para formar un aventajado arquitecto: las bellezas, los primores del arte, la valentía artística, las dificultades superadas se encuentran allí por do quier, y siempre en elevada y sorprendente escala.

Si grande es todo cuanto se mira desde el suelo hasta lo mas elevado del edificio, no lo es menos ni de menor mérito lo que se halla oculto en sus cimientos; verdadera página sepultada y oprimida bajo el peso de aquella inmensa mole, y en cuya difícil y admirable traza dejó esculpido su nombre en grandiosa fama artística el inmortal Toledo, digno maestro de Juan de Herrera. ¿A qué cansarnos en enumerar una por una las grandiosidades, las atrevidas concepciones, las sorprendentes bóvedas, bajo cuyas dovelas puede con desembarazo transitar un granadero á caballo; la bien entendida distribucion de las aguas y la no menos sorprendente colocacion de las cantinas, algives y cañerías? Materia es esta que pertenece de derecho á la parte descriptiva; y cuando á ella llegemos procuraremos no ser parcos en nuestra narracion.

Si considerado ya el Escorial como conjunto magnífico y gigantesco alarde de la arquitectura, pasamos al arte divino de Rafael y Miguel Angel, preciso será mirarle como una preciosa galería donde se encerraron grandes modelos de pintura, escultura y cincelado, y habremos de evocar los antiguos tiempos del Escorial. Véase por aquella época ricamente engalanado el régio edificio con inapreciable riqueza de pinturas notables. Tropezábase con asombro y á cada paso con obras de los mas célebres clásicos españoles, italianos y flamencos. El Escorial era el punto de estudio para los amantes de las bellas artes, y puede decirse que allí es donde se saciaba el justo anhelo del artista, la fuente en que iban á beber los ingenios de todas las épocas y de todos los paises. El estudio de la historia del arte hubiera sido allí muy fácil, porque el conjunto de tanta belleza artística mostraba hartó á las claras que la fuerza de concepcion es la que constituye al verdadero artista; hubiérase formulado una verdadera crítica, haciéndose evidentes y tangibles las diversas gradaciones que mas tarde han robustecido los mitos de las antiguas leyendas y los asuntos de las tradiciones religiosas.

La piedad y el buen gusto de Felipe II y algunos de sus sucesores fueron atesorando allí sucesivamente lienzos inestimables, que la invasion francesa arrebató en su mejor parte, así como en otros muchos objetos que señalaremos en el curso de esta historia. Fernando VII, llamado por el escritor Bermejo *segundo fundador del Escorial*, logró que se devolviera y reuniese de nuevo la mayor parte de estas preciosidades, medida que contribuyó á que en 1820 se luciese casi con igual belleza que en tiempo de los Felipes. Despues de esta época fueron trasladadas muchas de sus preciosas pinturas á Madrid, donde forman una parte muy distinguida y principal del Real Museo ⁽³⁾. Pero todavía se admiran en el Escorial los restos de su antigua lozanía; todavía quedan algunos cuadros como triste recuerdo del caudal antiguo ⁽⁴⁾; todavía se admiran los techos de Peregrin y del incansable Giordano, se examinan los frescos y estaciones de Tibaldi, se censuran los menos correctos de Luqueto, y se

⁽¹⁾ Sobre todo en las partes interiores, donde la piedra no sufre la influencia atmosférica, es donde al través de 3 siglos aún sorprende su uniformidad y testura.

⁽²⁾ Aludimos al Real Museo de pinturas, sito en el Prado.

⁽³⁾ Cada uno de estos cuadros tiene un letrero en el marco, que indica haber pertenecido al Escorial.

⁽⁴⁾ De estos cuadros habia muchos bastante maltratados, pero el amor de nuestra Reina á las artes ha hecho que hoy aparezcan casi en su totalidad forrados y restaurados.